

TIEMPO Y VERDAD EN LA HISTORIA (*)

Dr. Willy Fco. Herrera Valdés (**)

Fuera del tiempo, la Historia es mito. Por eso los hombres anteceden a los dioses. No Dios; los dioses tienen necesidad de los hombres. Y al contemplar estas criaturas que pisaron la tierra miles y miles de años antes, pensamos en el hombre y en la mujer, que aún no se habían convertido en dios y en diosa. Los hombres inventan a los dioses y los dejan remotos en su lejanía: fuego, aire, tierra, agua, inasequibles y próximos, misteriosos y familiares. A su imagen y semejanza el hombre pensante inventa sus dioses, los hace guardianes de deseos y nostalgias, hasta que la plebe se apodera de los ritos y todos los hombres participan del mismo proyecto de inmortalidad. La Historia sin tiempo es mito; el tiempo, aún no Historia, es el anhelo de sobrevivir cuando nuestro tiempo ya no exista. Acaso ningún pueblo nos lo ha dicho con más claridad que el antiguo Egipto. Y lo recuerdo ahora, cuando eso que llamamos –cruelmente– pieza de museo, me hace pensar que la muerte es vida.

Los historiadores lo cuentan para que el olvido no nos gane: Osiris es el agua fecundante y la vegetación; Isis, su esposa y hermana, la tierra fecundada. Necesitamos de la trivialidad, porque –además– Isis es "el prototipo de la mujer egipcia". De la mujer, antes de ser diosa, y cuando los dioses han desaparecido. Aquí, ante este prodigio de vendas insinuantes, la pregunta que nos ataraza: el polvo que ha salvado a la muerte de su propia muerte, ¿no es epifanía, mejor que camino de sombras? Esta figura que yace ante mis ojos de extranjero, ¿fue Isis o es sólo una mujer tendida? O acaso esta forma tangible era el sendero que llevaba hacia el pensamiento desprovisto de limitaciones.

Pienso en una mujer joven, menuda y esbelta, bellísima y enferma, quebradiza y flexible. Es todo un mundo de contradicciones que, sin embargo, desde la eternidad de cinco mil años, nos dura todavía. La sala del museo está llena de atracciones en las que los turistas se detienen. Ante este cuerpo, nadie reduce el paso, y yo, a solas con la mujer, acaricio mis propias desazones. Del atadizo surge el promontorio menudo de sus senos, como las arenas que dejamos caer desde nuestro puño y que el viento arrastra. Y el cuello, alto cuello de garza. Y el rostro: estilizado en su delgadez, los pómulos apuntados, la frente levantada. Es todo. Esta mujer aún no es diosa, tanto en su tiempo que los mitos todavía no se han creado: vivió hace cinco mil años; su cuerpo se descubrió cubierto de tierra. Ante el altar de flores, "el loto ritual y Horus el halcón, Hapj el cinocéfaló, Tewmwtef el chacal, Emsete el hombre y Ameni el cocodrilo devorador de los cadáveres". La mujer ha recitado la confesión negativa, que el escarabajo ha dictado en su corazón, pero no ha querido pasar a los ríos caudalosos ni a los campos de limo. Se quedó aquí. Prefirió seguir siendo mujer y no cruzó los dos caminos ni atravesó las pruebas. Esta mujer, bellísima y quebradiza, está conmigo. La cronología no cuenta porque la eternidad nos la ha negado, las vendas que celan el torso nos hacen pensar en "Nefertiti desnuda,

(*) El texto de este ensayo corresponde a la conferencia de apertura del año académico de la carrera de Historia y Geografía del Instituto Profesional de Chillán, que el autor dictó en marzo de 1988.

(**) Profesor de Historia de Chile de la Universidad del Bío-Bío.

cantando al sol; el trazo negro de los ojos dibuja los de Tiy, la esposa de Amenhotep III; los labios carmesíes son, perfilados y gruesos, como los de Nofret. Al contemplar a esta mujer cansada, la emoción atenaza porque he quebrado su más desnuda intimidad; resuenan los ecos de un viejo himno incapaz de retener la insatisfacción del hombre: "Son destruidas las tumbas". Y su tumba también fue destruida. La mujer que sólo quiso ser mujer está recostada sobre su brazo derecho; el cuerpo se inclina suavemente en un gesto desesperado: se la encontró junto al cuerpo de un hombre. Y ahora está sola. Inútil pretensión la de proteger al varón que ha desaparecido. La sombra de los ojos, el relámpago de los labios, la dulce posición del antebrazo son estériles tentativas de este cuerpo, hermoso y débil, que sintió emociones hace cinco mil años.

Nos es difícil pensar en lotos y papiros, en ibis y ánades, en gacelas y leones. Toda una vida sorprendida en el color y en las luces de unos cielos limpios y de un río de azules intensos. Nuestra mujer, bellísima y quebradiza, caminó erguida como un venablo y su torso delgado rehilaba en el aire transparente; con sus manos acarició a las fieras y con sus ojos aprehendía temblores de palmeras. Algún día surcó las aguas añiles y el mekutra o capitán dirigía la barca contra el viento, su marido pescaba entre sicomoros y flores de loto: la esclava le aseguraba las piernas y ella le ceñía la cintura cuando él arponeaba a los peces fugitivos. Ratas de agua miraban sorprendidas. Después, en la casa, durante el reposo, tañía la cítara o el arpa o, en la alberca, se deslizaba su cuerpo desnudo. La cronología no cuenta, pues el tiempo no existe; junto al agua, en el jardín, ofrecía mandrágoras afrodisíacas al esposo. La mujer egipcia ha sido mil veces detenida en imágenes: en Kerma y en Licht, en Ti y en Phenuka. La mujer que se eterniza en los cientos de cucharillas de otro museo: nadando en las aguas tranquilas del estanque, sus brazos tendidos hacen que las manos sean la oquedad de una valva. Bajo nuestra mirada, la muchacha nada hasta reposar en las teselas del mosaico; las aguas se aquietan poco a poco, los ojos de la frágil criatura crecen hasta ser misteriosos interrogantes y los labios se convierten en el sello de unos senos que empiezan a erguir la curva indecisa. La mujer nada. Suena el laúd y el loto tiembla; el sol cae lentamente mientras, en el fondo, la nadadora recupera su utilitaria presencia; por un momento ha sido un temblor inusitado y las flores han abierto sus corolas. Ya no hay evocaciones ni recuerdos: aquí está una mujer, muerta hace cinco mil años; sus ojos alcoholados y sus labios encendidos; su alto cuello de garza y la arena incipiente de sus senos. Aquí, frente a mí, en conversación imposible. Esta mujer, bellísima y quebradiza, no cruzó las puertas de la eternidad porque siguió siendo sólo mujer; pero "el tiempo es la crueldad del silencio". No nos permite verla —débil criatura— prendida del varón, ni, como en el retrato de Memi-Sabu, caminar junto al esposo, que apoya su brazo izquierdo sobre el hombro muy amado y hace descansar, suavemente, la mano en el pecho contenido. No. Aquí sólo la impiedad del museo. La mujer se acoda en su brazo derecho, mira angustiada hacia el marido, y sus ojos se llenan de tierra. Pudo ser divina y prefirió ser esposa. Ahora el gesto de aparente sin sentido, mientras yo siento el temblor de esta lección: la dio una mujer hace cinco mil años, porque el varón —ya— era una criatura en desamparo. Cuando él lloraba, ("condúceme hacia la muerte. ¿Acaso es una desgracia el morir? Hoy la muerte se halla ante mí"), ella le guardaba de los terrores. Y sigue guardándolo ("abandónate siguiendo el día feliz, y olvida la preocupación"). Osiris ha muerto e Isis busca el cadáver del amado para devolverlo a la vida. La diosa acongojada es una bella y quebradiza esposa. Tal es la evocación y el recuerdo del pasado-futuro.

Hoy, ahora, si vivimos en la expectación escatológica, sabemos que cada instante de la Historia tiene un sentido y que en cada momento, con cada una de nuestras decisiones conjugamos el destino eterno. Por eso se debe tomar con seriedad el tiempo histórico para hacer Historia y trascender al tiempo.

Hoy, al evocar a esta mujer egipcia como mito-realidad parece que el hombre se ha quedado sólo con el pasado. Por eso dura es la interrogante: ¿tiene un futuro? La fe "en el progreso ha muerto como el dios de Nietzsche y el superhombre se ha convertido en un cuento sin sentido narrado por un micrómega del cual no entendemos nada de nada".

Sin embargo, de esta "Pandora histórica" surge la esperanza de aceptar el desafío de esta hora: el no creyente podrá reafirmar su confianza en la capacidad creadora del hombre, y "Creyentes y no creyentes" podrán reafirmar su fe y su confianza en aquellas cualidades inherentes a la naturaleza humana que a través de todos los siglos, constituyen la razón histórica: la vida digna de sí mismos; la inmensa capacidad de Amor y de hacer el bien que existe en el hombre, capaz de aplastar en la Verdad cualquier "nihilismo estéril o relativismo ex-tempora".

Cierto que la Historia es un entramado confuso y complicado. Tal es su condición y debemos procurar que "los hilos no se enreden ni los cadejos se enmarañen". Cosa difícil en verdad, pero que exige condiciones sin las cuales jamás tendremos Historia: honradez intelectual y conducta moral. La Historia no debiera ser chapucería ni engañoso relato. Si partimos de estos presupuestos, nada fáciles, lo reconozco, tal vez seamos capaces de ver con claridad aquellos que no se quiere dar en claro-oscuros. León XIII había propuesto unas reglas de juego que no están mal, porque son pocas y fáciles de aprender: "La primera ley de la Historia es la de no atreverse a mentir; la segunda, no temer decir toda la verdad" Sí, son reglas fáciles de aprender; no sé si tanto de aplicar. Que el juego sea limpio o no, depende de nosotros, de nuestros compromisos con Plauto y no con la verdad. Para quien ejerce el oficio de pensar, –molesta cosa para los totalitarismos de turno–, lo que no se somete a las reglas objetivas de la verdad, es falso, "háganlo Agamenón o su porquerizo". Y ahora viene a colación algo que contó don Antonio Machado en Los Complementarios, porque Agamenón acepta la evidencia, pero, "al gañán de la piara", no le convence. De ahí que Paul Valéry escribiera algo que deberíamos aprender de memoria para que nosotros, quienes de algún modo, hacemos alguna forma de historia, no cayéramos en falacias engañosas. Cuenta en Les regards sur le monde actuel que "La Historia justifica lo que se quiere. No enseña absolutamente nada, pues tiene de todo y da ejemplos para todo. Es el producto más dañino de cuantos ha elaborado la química del intelecto". Es posible que esto se vea al girar nuestra vista sobre el mundo de hoy, pero ¿es lo que debemos aprender? Porque el testigo de la Historia podemos ponerlo donde nuestro gusto o –peor– nuestros compromisos nos dicten; "podemos silenciar lo que no nos conviene", porque quienes saben menos que nosotros nunca lo descubrirán; podemos hacer novelas románticas en un mundo pragmático, porque, –lo que son las cosas–, tienen más fácil venta. Y no indagemos por la verdad, porque, mientras humedecemos los dedos en la saliva, se da buen tono preguntar "¿qué es la verdad?" Es otra arteria, ya que la pronunciación no distingue minúsculas de mayúsculas y, si leemos, a tanta prisa, tantas erratas, ¿quién va a fijarse en la sutileza de v o V? Y así se adultera la Verdad –absoluta, universal– con la verdad, acomodaticia, servidora de nuestras mezquindades o de los creados intereses de siempre.

La verdad es sencilla y es pura. Sencilla quiere decir única; pura, sin contaminación. Que al proceder no seamos "mestureros ni aduladores", porque de serlo, engañamos y se descubrirá nuestro embuste. Lo que es único, tiene el valor de su propia fuerza, ni gastada, ni malversada, y lo que es puro resplandece por su total desnudez. Fuerza y claridad son los atributos de la verdad, y son –también– las asechanzas que la cercan, porque, confundida con la verdad, cae en esos extremos que la deshumanizan: lo que es demasiado y lo que es demasiado poco. Fuerza y claridad en el fiel que nos lleva a comulgar con lo que es cierto y a comprender lo que es relativo, y el fiel es difícil de mantener en la balanza, ya que el ensayo no siempre

descubre ecuanimidad. Y lo que importa es el medio y no el equilibrio, inestable por más que lo ayudemos. Porque, una cosa es lo que aceptamos en "el hondón de nuestra conciencia, y con la que nos movemos, y otra de la que se vale el deturpador". Mil veces hemos leído que la verdad resplandece y acaba imponiéndose. Es un principio de transcendencia que acepto sin vacilar cuando se trata de eternidades; dudo que sea así si me mueve en el mundo de lo contingente, y la Historia es un relato hecho por los hombres de los designios que se han cumplido por voluntad de Dios. ¿Y qué sabemos de designios inescrutables? Tantas veces como hemos leído el triunfo de la verdad, hemos comprobado la buenandanza de la mentira; acaso porque son los embusteros quienes forjan el lugar común para que los hombres no piensen: "la pereza se paga de las frases hermosas y de los desenlaces felices. Entre tanto, "los que niegan la transcendencia aherrojan a los crédulos y se benefician de su pigracia". Muchos inocentes han sido sacrificados y muchos pueblos destruidos en nombre de la mentira, pero ni los hombres resucitan, ni los pueblos vuelven a tener un color en los mapas. Voltaire escribió algo que es justo, pero, en su justicia, cobra un aire cínico o de desencanto: "A los vivos hay que tratarlos con deferencia; a los muertos, sólo con verdad". Esto se dice en la primera carta sobre Edipo, y nos sobrecoge por su terrible certeza. ¿Y la Historia? Sólo los pueblos aniquilados merecen la verdad, mientras que la Historia es un conjunto de ficciones para destruir a esos otros pueblos que limitan nuestra existencia. Pueblos, no abstracciones ni naturaleza muerta, sino gentes que viven y que por vivir, sufren. Un viejo poema nuestro utilizaba la palabra pueblo en la acepción de "hombre, persona", y tenía razón. Detrás de la Historia está el hombre que la padece y que, sin su voluntad, la hace. Falsear la Historia no es presentar un cuento engañoso, creíble o no; es "matar el cuerpo, la carne maltraer" de quienes la están viviendo y de quienes tienen derecho a la verdad en la memoria colectiva.

Solemos lamentarnos del tiempo en que vivimos. Desde que el hombre es hombre, la misma querella. Y es que el hombre ha sido siempre hombre, lobo para los otros, mendaz, egoísta, rencoroso, etcétera. Todo cierto, pero, desde que el hombre es hombre, ha sentido miedo de todo, está sintiéndolo. Y nada peor que asomarse a la Historia, porque en ella se encuentra retratado y para defenderse, miente. O, lo que es peor, inventa sus verdades para enmascarar a la verdad. Lo que es una forma de ocultar la conciencia. Los hombres y los pueblos echan mano del orgullo o las armas cuando tienen miedo de los demás y de sí mismos. Entonces la Historia es un espejo que nos sirve de justificaciones, y se miente. La verdad es una apariencia; la verdad de cada hombre, de cada pueblo, podría llamarse Dorian Gray. Con la Historia se viola la verdad, si se antepone el orgullo y la cobardía, condiciones, tristes condiciones, de la naturaleza humana. Y sin Verdad no es posible evocar el alma de otros hombres, sino –cuando más– sentir sobre nuestros hombros los monstruos que hacen del vivir el horrendo espíritu de las pesadillas.

Somos como hijos del hombre, hijos del tiempo y sus valores que nos exigen un esfuerzo de conciencia para vivir acorde a ellos y no permitir su destrucción o tergiversación. ¡Cuántas veces por destruir la cizaña se arrastra también el trigo y se cosecha sólo viento y polvo!

Somos hijos de una determinada cultura la cual acuña nuestro ser específico. El pasado nos condiciona y nos limita, pero nosotros no somos esclavos de él. Podemos continuarlo, podemos alterarlo y podemos rechazarlo. Somos libres en un presente y este presente es presente porque involucra transformación. El futuro a través del proyecto nos proporciona el tiempo para hacer Historia. Tenemos tiempo, pero éste no es ilimitado, pues el futuro significa determinación en libertad, libre realización, compromiso que se contrae voluntariamente en el valor de lo que es verdadero: posibilidad de elegir nuestro porvenir, hacer nuestro el futuro y adelantarnos al tiempo en el ahora-presente: la encrucijada del pasado inconcluso y un futuro por empezar.

Así la Historia es cambio, cambio en cada persona que nace y que nace con las opciones que le presenta la vida como hazaña de la libertad. "La historia es continuidad y cambio de la necesidad de la conciencia histórica para la temporalidad donde se es el siempre mismo Adán: siempre nueva, siempre distinta, pero con una sola dimensión, cual es, la vida enraizada en coexistencias humanas y sociales que generan el fenómeno histórico de tener que dar un sentimiento al tiempo y hacernos trascendentes más allá del mito creado para nuestra existencia temporal en las últimas décadas".

Es sin duda el gran desafío del tiempo eje-existencial.

Y así será posible que, quizás en cien o más años alguien se detenga, como yo ante esa figura de museo del Louvre, frente a una tumba en algún lugar de Chile en cuya lápida se exprese con fuerza: "Aquí yace un hombre que supo porque vivió", pues como dice el desafío del tiempo del gran San Agustín:

"Si los tiempos son duros y difíciles no culpemos a los tiempos.
Seamos nosotros mejores y los tiempos serán mejores, porque nosotros, somos el tiempo".

C. f. r.: Abellan García, J. L.
Krebs W., Ricardo Marías,
Julián Rodríguez Casado y
otros.
Diario A. B. C., Madrid, 1988.